

de la monarquía católica en el Ultramar. El noveno, en cambio, no carente de interés, porque destaca el realismo de los indios frente a los criollos fautores de la secesión, carga las tintas en las responsabilidades de Fernando VII, al que trata de gran culpable de la Independencia. Que el Rey no estuvo a la altura de las circunstancias es indudable. Pero su comportamiento no explica ni menos aún justifica la independencia. En este sentido sigue la vulgata nacionalista conservadora sobre la actuación de Bolívar o San Martín. Los dos capítulos sucesivos examinan la relación de los políticos e intelectuales hispanoamericanos respecto de la leyenda negra, destacando las manifestaciones contrarias. Es el caso, entre los primeros, del uruguayo Rodó, el mejicano Vasconcelos o los argentinos Ugarte y Gávez. Así como del peruano Haya de la Torre y los también argentinos Yrigoyen o Perón, en cuanto a los segundos. El capítulo duodécimo mira al futuro, a la recuperación de un sentido político de la Hispanidad, a través de la postulación de una Confederación hispanoamericana y el aprovechamiento de la «ventana de oportunidad» que se estaría abriendo a los pueblos hispánicos en la coyuntura presente. Llega a escribir, así, en el capítulo décimo cuarto, como ya había hecho en el liminar, que sólo una inmigración masiva de hispanoamericanos podrá salvaguardar a España. En medio, el capítulo décimo tercero analiza el caso del separatismo catalán y sus consecuencias geopolíticas. Una conclusión y el epílogo cierran el voluminoso libro.

El balance del mismo es altamente positivo. Pues es de más calidad y finura que algunos otros también recientes contrarios a la leyenda negra. Los reparos hechos, tanto estructurales como de detalle, por tanto, no empecen en modo alguno su valor.

Vicente BERROCAL

**Melchor Ferrer, *Breve historia del legitimismo español*, 2ª ed., Madrid, Consejo de Estudios Hispánicos Felipe II, 2021, 188 pp.**

Melchor Ferrer Dalmau nació en Mataró en 1888 y falleció en Valencia en 1965. Escritor e historiador, constituye un ejemplo



del viejo periodista. De cultura portentosa, de información amplísima, de pluma ágil y sin pretensiones, se nos aparece como un modelo de otro tiempo. Porque el grueso de su quehacer discurrió en las linotipias de los periódicos, diarios o semanarios. Quizá de ahí le viniera también el aventurerismo que aureolaba la profesión. En cuanto a lo primero fue redactor de *El Correo Catalán* y luego director de *El Correo Español* tras la salida de los mellistas. Pero llegó a dirigir una decena de cabeceras a lo largo de su vida y colaboró en otras tantas. Lo segundo le llevó a querer participar, del lado francés, en la I Guerra Mundial, quizá por la influencia de Maurras y *La Acción Francesa*, que estimaba, en una peripecia que le llevó –con consejo de guerra y sentencia de muerte no ejecutada incluidos– a servir en la Legión Extranjera. Concluida la guerra permaneció unos meses en París como secretario particular de Don Jaime, antes de regresar a España.

Como escribió Rafael Gamba en unas páginas bien expresivas, Melchor Ferrer pertenece a la estirpe de los carlistas de una pieza, frente a las otras tipologías de los vergonzantes y los sólo religiosos. En este sentido, sostuvo sin desmayo a Don Javier de Borbón, fustigando sin piedad a los criptojuanistas como el Conde de Rodezno y también a quienes siguieron con mejor o peor intención a don Carlos Pío de Habsburgo. Su fallecimiento anterior a la defección de Carlos Hugo, aunque por entonces ya estaba incoada, le ahorró lo que habría resultado un sufrimiento insoportable para un tradicionalista auténtico.

La *Historia del Tradicionalismo español*, en treinta tomos, propiciada por don Manuel Fal Conde al final de la guerra de liberación, es en todo caso su obra mayor. Resulta increíble que un solo hombre (pues sólo para los primeros tomos contó con colaboración, la de Domingo Tejera y José F. Acedo) y con los medios disponibles a la sazón pudiera, no ya completar, sino aun concebir y comenzar a ejecutar, un proyecto semejante. Basta con hojear las páginas de los volúmenes para advertir su importancia. Es ciertamente oceánica en cuanto a la información y agudísima en el juicio. Los apéndices documentales son abrumadores. Está, eso sí, llena de erratas. Pero la fuente principal no es otra que la prodigiosa memoria del autor, apoyada en un manojito de libros. Sólo el sectarismo o la *exquisitez* del historiador profesional ha

podido negar o disminuir el valor del trabajo. El libro cuya reedición presentamos, destilado del *opus magnum*, fue escrito para Don Sixto Enrique de Borbón, quien recuerda haberlo leído de adolescente en el manuscrito, antes de su impresión. En él brillan aún más, si cabe, las virtudes que hemos apreciado en el primero. Condensa en un centenar de páginas toda la historia militar y la política. Lo que podría dejar un regusto de sequedad si no fuera por las pinceladas geniales con las que, aquí o allá, presenta sintéticamente las grandes cuestiones. El pleito dinástico, el aporte de Balmes a una primera depuración del pensamiento carlista, el papel de la Princesa de Beira y su *Carta a los españoles* para la forja del tradicionalismo auténtico, las razones últimas de la pervivencia misteriosa del Carlismo, entre otros, se describen en pocas, pero siempre sustanciosas, líneas.

Repárese en las que ponen fin al capítulo dedicado a Carlos V y la primera guerra o de los Siete Años: «Si el partido carlista hubiese sido simplemente una cuestión dinástica en Vergara hubiera sucumbido; si hubiese sido la lucha del antiguo régimen contra el derecho nuevo también en Vergara hubiese muerto. Pero se trataba de la resistencia de la vieja España, servida por la legitimidad, y no pudo morir».

O en las que cierran el dedicado a la crisis producida por el Conde de Montizón y resuelta por la Princesa de Beira, estampada: «Si la historia fuera según las apariencias, el reinado de Don Juan, aunque rechazado por los carlistas, sería de muerte para la comunión política. Pero la Historia tiene lógica inflexible, los hechos se suceden ordenada y lógicamente, pero muchas veces esta sucesión y ordenación no es visible y se quieren encontrar consecuencias ilógicas cuando, juzgando por las apariencias externas, no se ajustan a las deducciones que se habían previsto. Esto es debido a que en la historia los hechos son en sí realidades, y la lógica se establece sobre la realidad absoluta y no en la apariencia. Realidad relativa o fragmentaria es que la historia interna, la sucesión normal de los hechos no ha aflorado a la superficie. También de esta ley histórica deduciremos que la evolución ideológica del carlismo, a pesar de su aparente crisis, prosiguió en su interior y no hay sucesión de continuidad entre los absolutistas de Carlos V, los montemolinistas de Carlos VI y los carlistas de



Carlos VII. Es decir, el período de don Juan fue sólo período de depuración y transición».

Aunque también en el colofón de las páginas dedicadas a Carlos VII: «Hay que decir, por tanto, que ningún partido monárquico en la oposición, ni en Francia ni en ningún otro país, ha actuado en la vida nacional con tanta intervención como el carlismo español. Y todo ello sin la menor sombra de claudicación». O esta profunda observación que deja caer al aproximarse al término de la narración referida a Don Jaime: «La Revolución estaba a la vista, como don Jaime había anunciado a los españoles. Por un sincronismo digno de ser notado, se ve que cada vez que el partido carlista ha pasado una época de decadencia en su actividad externa, la revolución ha sobrevenido. Cuando por el Convenio de Vergara y la caída de Berga parece que el carlismo ha muerto, viene la revolución de septiembre de 1840, con la Regencia de Espartero y la persecución religiosa. Después de la guerra de los *matiners*, el montemolinismo parece agotado. Entonces estalla la revolución de julio de 1845. Después de San Carlos de la Rápita, el carlismo, que padece las veleidades de don Juan, ve cómo cantan su muerte. Entonces estalla la revolución de 1868. Ahora, en 1930, después de la grave crisis del carlismo desde 1919, agudizada durante la Dictadura, la revolución se tenía que dar por segura, conforme a este sincronismo histórico».

Finamente en las que cierran el reinado de Don Alfonso Carlos: «Si el carlismo hubiera traicionado a su Rey, como lo hizo Maroto; si hubiese abandonado al Conde de Montemolín; si hubiese reconocido don Juan a Isabel II; si hubiese sido juguete de Cánovas como lo fue Cabrera; si se hubiese difuminado en la “Unión Católica” para caer en el pidalismo o deshacerse en la mesticería alfonsina o fusionado en la “Unión Patriótica” o aceptado los posibilismos de la CEDA, es indudable que el 18 de julio de 1936 no hubieran salido de Navarra aquellos hombres, jóvenes y niños, que cerraron el paso al enemigo en Guipúzcoa, Aragón, Castilla, ofreciendo sus pechos esforzados a las balas enemigas». En estos pocos párrafos, diseminados entre el enorme caudal de datos apretados que se encierran en cada una de las pocas páginas del libro, está todo. El secreto del Carlismo.

Hace unos meses, en pleno encierro durante la pandemia provocada por el Covid-19, un incansable y leal estudioso napolitano, Gianandrea de Antonellis, me envió una traducción del texto de Melchor Ferrer en lengua toscana, a fin de incluirla en la colección de estudios carlistas que dirige en el viejo e hispánico Reino. Añadía igualmente la de dos capítulos finales redactados por un autor que permanece en el anonimato. «Un requeté», me dijo, remedando la rúbrica que Frederick D. Wilhelmsen dio al libro de presentación que le encargó la Comunión Tradicionalista en 1976 y se tituló *Así pensamos*. A la hora de reeditar en castellano el libro de Melchor Ferrer, pues se encontraba agotado desde hacía años, pareció oportuno al editor incluir esos dos capítulos nuevos, redactados a imagen de los anteriores, y que se extienden por los reinados de Don Javier y Don Sixto Enrique.

Se ha mantenido igualmente la «Portada a las Ediciones Montejurra», que sin firmarla escribió Francisco Elías de Tejada para el primer volumen de esa editorial por él creada y financiada. Como todos los textos salidos de su pluma es de gran expresividad e interés. Era el año de 1958. La Comunión sufría la persecución oficial del régimen de Franco e intentaba situarse del mejor de los modos para afrontar una guerra cultural y política que se avizoraba difícil. Esa labor cultural la prosiguió luego, pugnazmente, con vigor no siempre acompañado de mesura, con el Centro de Estudios Históricos y Políticos General Zumalacárregui y la Asociación de Iusnaturalistas Hispánicos Felipe II. La segunda, rebautizada como Consejo de Estudios Hispánicos Felipe II para ampliar el radio de su actividad, desarrolla una intensa actividad conforme a la voluntad del fundador, custodiada por la Fundación Elías de Tejada. El primero, en cambio, lamentablemente, ha caído en manos indeseables, que lo han hecho estéril en el mejor de los casos, pues en otros han alumbrado bastardos. Como quiera que sea, el Carlismo, puro e íntegro, pervive en la Comunión Tradicionalista y sus obras. Como esta colección «De Regno», que preserva el patrimonio moral e intelectual de las generaciones anteriores. Y que, así, permite poner a disposición de las nuevas generaciones, libros como este extraordinario compendio de la historia del Carlismo de quien fue presentado en su día por el profesor Elías de Tejada como «máximo historiador del Carlismo español», «pluma elegante y eruditísima», con la que nos cuenta

«los afanes de la legitimidad contra la usurpación en las Españas decimonónicas». «Nada tan útil –remacha– para entender el auténtico pensamiento monárquico [...], indispensable para definir la presente coyuntura española». Me atrevo a decir que, aun en un contexto bien diferente, tal juicio sigue resultando exactísimo.

Miguel AYUSO

**Federico Wilhelmsen, *El problema de Occidente y los cristianos*, 2ª ed., Madrid, Consejo de Estudios Hispánicos Felipe II, 2021, 210 pp.**

De Frederick D. Wilhelmsen, que en España era conocido como Federico, mientras sus amigos llamaban Fritz en los Estados Unidos, he escrito muchas veces. Alegres algunas, como en su *Festschrift*, publicado en 1993 por su septuagésimo aniversario, con el título –suficientemente expresivo de su vida– *Saints, Sovereigns and Scholars*. Otras tristes, así los distintos obituarios que redacté a su muerte, en 1996, cuando se recuperaba de un cáncer de laringe y esperábamos alborozadamente tantas cosas de sus múltiples talentos como profesor católico volcado sobre la filosofía y la política. A veces sintéticas, como las introducciones a sus libros *Los saberes políticos* (2006) o *La mentalidad americana* (2018), ambos editados por mí, o la segunda impresión –por primera vez encabezada por su nombre, y no por el pseudónimo de «Un requeté», como en la primera de 1977– de *Así pensamos* (2011), que también impulsé, y a la que añadí el subtítulo de «Un ideario para la Comunión Tradicionalista». Otras, más pormenorizadas y circunstanciadas, como el extenso estudio «Frederick D. Wilhelmsen, tradicionalista hispánico», publicado dentro del dossier de la revista *Fuego y Raya* dedicado a los «Maestros del tradicionalismo hispánico de la segunda mitad del siglo XX».

Aunque no es el momento de volver sobre dichas páginas *in toto*, sí puede serlo de recordar las coordenadas vitales e intelectuales de nuestro autor. Nacido en Detroit en 1923, de padre danés y madre suiza, emigrantes de primera generación en los Estados Unidos, a mediados los cincuenta entró en contacto con la cultura católica española. En 1957 se traslada a Ávila, donde